F. Bellart

El editor indiscreto

Conocimos a nuestros nuevos vecinos cuando volvíamos de la ecografía del segundo trimestre, que es en la que se supone que te dicen el sexo del bebé, aunque a nosotros ya nos habían dicho que era una niña. Un par de semanas atrás mi mujer me había despertado en plena noche, muy preocupada por unos pinchazos en el estómago. Llamamos a mi madre para que viniera a echarle un ojo a Eric y nos fuimos a urgencias. Al final resultó no ser nada, pero el caso es que la ginecóloga que nos atendió, cuando ya nos íbamos, nos preguntó si queríamos saber el sexo del bebé y nos dijo que estaba prácticamente segura de que esperábamos una niña. A los diez minutos ya le habíamos dado la noticia a todo el mundo. Empezamos a fantasear, a imaginar cómo sería la niña en el futuro y todas esas cosas. Le pusimos Martina. Creo que mi tía Carmen incluso empezó a bordarle un baberito con el nombre.Y entonces, aquel día, en la ecografía del segundo trimestre, lo primero que vemos de Martina es que tiene pene. Incluso yo, con mis graves problemas para interpretar las ecografías —pero que

disimulo bastante bien—, no tuve dudas sobre lo que mostraban en aquella ocasión las misteriosas manchas grises.

—Enhorabuena —nos dijo el ecografista—. Es un varón.

A mí la cosa tanto me daba, la verdad, me era indiferente tener una niña que otro niño, pero a Míriam le hacía gracia todo ese rollo de la parejita. Le hacía ilusión tener una niña, ya se había hecho a la idea, y no teníamos intención de tener más hijos. Mientras volvíamos a casa en autobús —era mediados de marzo, una tarde fría, gris—, intenté animarla improvisando algunos chistes, pero la pobre estaba destrozada, se le veía en la cara.

Cuando recogimos a Eric de casa de mis padres pareció ponerse de mejor humor. Empezó a hablar de algún cotilleo de su trabajo. Yo hice ver que le prestaba atención.

- —¿Por qué dijo que era una niña, si era un niño? —me soltó de pronto un poco más tarde, cuando ya llegábamos a nuestro edificio, el 23 de la calle Llull.
 - —¿Qué?
 - —La doctora del otro día. ¿Por qué dijo que era una niña?
 - -¿Cómo que por qué? Se equivocó, eso es todo.
 - —Dijo que estaba segura.
- —Dijo «prácticamente segura» —la corregí—. A ver, qué insinúas, ¿que nos engañó deliberadamente? ¿Es eso lo que pretendes decir?
- —Dijo «segura». Y no lo sé. Solo digo que no sé por qué lo hizo.
- —Bueno, mira, pongamos que tienes razón. Pongamos que es una especie de perturbada —le dije—. No sé. Tal vez se lo haga a todo el mundo.
 - —¡Tú crees?
- —No, no lo creo. Pero si es así, deberíamos hacer algo, ¿no? No podemos dejar que se salga con la suya.

- —Deberíamos denunciarla.
- -Como mínimo.

Cuando llegamos al séptimo ya habíamos planeado su asesinato. A mi mujer y a mí nos encantan las novelas policiales; planear crímenes perfectos es una de nuestras principales aficiones. No recuerdo exactamente qué preparamos aquel día para la desalmada ginecóloga; creo que la cosa iba de fingir un secuestro que había acabado mal, o algo así. Da igual. El caso es que al salir del ascensor fue cuando nos encontramos con nuestros nuevos vecinos.

Aún no les habíamos visto, y eso que vivían allí desde hacía medio mes, sin contar los dos meses en los que habían estado haciendo obras. Estaban parados enfrente de su puerta, que es contigua a la nuestra. Él medio agachado, peleándose por hacer girar la llave en la cerradura. Ella apoyada contra la pared, mirando al techo, como ausente.

- —¿Problemas con la cerradura? —le preguntó mi esposa al hombre cuando llegamos a su lado.
- —Sí —contestó él—, es la tercera vez que intento hacer una copia de las llaves y no hay manera, siguen sin funcionar. Y mi mujer se ha dejado las suyas dentro.

Elevó la voz para asegurarse de que ella oía esa última frase.

—¿Me permites? —le dije—. Soy muy bueno en esto, cada día abro la puerta de mi casa cuatro o cinco veces.

Pareció dudar, pero me pasó las llaves. Era un hombre alto, de entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Supongo que era guapo. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, pegado a la cabeza. Vestía una camisa azul claro, traje oscuro y unos inconfundibles zapatos de un blanco inmaculado. Me dio la sensación de que intentaba aparentar tener más di-

nero del que tenía, o de que había pasado por épocas mejores.

- —Nada, no hay manera —admití, después de un nuevo fracaso en mi vida, mientras le devolvía las llaves—. Puedes probar con una radiografía. Nosotros quizá tengamos una en casa, de una vez que creí que me había roto una pierna. Se mete la radiografía por aquí y se deja caer, así. No lo he hecho nunca, pero he visto hacerlo.
- —Ya lo he pensado —me respondió—, pero eso solo funciona si no has cerrado con llave al salir. Y, al parecer, hemos cerrado con llave. Mira. —Me señaló la rendija entre la puerta y el marco.

Yo asentí con la cabeza y nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—¿Puedo probar? —se metió por en medio mi mujer.

El tío le pasó la llave. Míriam no tardó mucho en desistir.

—Ni siquiera se mueve —dijo, devolviéndole la llave al otro—. A ver —siguió tras una pausa—, si cerrasteis la puerta con llave al salir es que tenéis con vosotros una copia que funciona, y esta ni siquiera se mueve. ¿Seguro que no lleváis otro juego encima? ¿Recordáis quién cerró la puerta?

Los tres nos volvimos hacia la mujer, que seguía donde la habíamos dejado, mirando las musarañas.

—Yo me he dejado las mías dentro —dijo esta, sin dignarse a echarnos siquiera una ojeada—. Ya se lo he dicho.

Miré al techo, hacia donde lo hacía ella, pero no vi nada interesante. Me dije que tal vez estaba enfadada con su marido. Tal vez acababan de discutir. Quizá por el tema de haberse dejado las llaves en casa. Hay parejas que discuten por cosas así.

Mientras pensaba en todo esto, el marido había empezado a rebuscarse en los bolsillos.

- —Aquí está —proclamó entonces el hombre, sacando una nueva llave del interior de su chaqueta—. Esa era la copia que hice ayer. Qué idiota.
 - —Ni que lo diga —dije.

Probó la llave y vio que funcionaba.

- —Me llamo Juan, por cierto —añadió, inclinándose hacia mi mujer para darle dos besos.
- —Yo soy Míriam. Él es Cristian, y el pequeño que duerme en el cochecito se llama Eric.

El hombre se volvió hacia mí y me dio la mano. Era uno de esos tipos que en vez de estrecharte la mano te la estrujan violentamente, para demostrar que son muy machos.

—Ella es Sara —anunció entonces.

Los tres nos volvimos de nuevo hacia la extraña Sara, que se había despegado de la pared y se acercaba a nosotros para darnos dos besos.

Era una mujer guapísima. Desde el principio me dio la sensación de que no pegaba en absoluto con su marido. Parecía más joven que él, alrededor de los treinta y cinco años, como nosotros. Llevaba un vestidito marrón, una cosa muy sencilla y algo imprudente para el frío que hacía aún. Iba un poco despeinada y no llevaba maquillaje. Tenía una mirada peculiar, fría.

Intercambiamos besos, y mi mujer y el tal Juan se pusieron entonces a hablar por los codos, que si de cuántos meses estaba, que si cuántos años tenía Eric, que si habían venido de Madrid, que si tanto costaba hacer una copia de las llaves. El caso es que se embalaron; mi mujer acabó sa-

cando el tema de que yo era editor, y entonces el tío dijo que su mujer —hablaban de nosotros como si no estuviésemos allí— estaba escribiendo un libro.

Antes de que ni yo ni mi nueva autora hubiésemos dicho nada ya habíamos quedado todos el viernes para cenar, en casa de ellos. Nos prepararían la que iba a ser la especialidad de su restaurante, porque se ve que estaban montando uno. Bueno, nos despedimos y cada cual a su casa.

Vivíamos pared con pared, ellos en el séptimo tercera y nosotros en el séptimo segunda. El séptimo primera lo ocupaba la señora Vidal, una entrañable chiflada que entonces rondaría los ochenta años. El viernes nos presentamos allí a las nueve y media, tal y como habíamos quedado. La hermana pequeña de mi mujer se quedaba en casa a cuidar de Eric. Nos saludamos, nos enseñaron la casa —parqué, paredes blancas y muebles del Ikea, todo muy limpio y ordenado— y nos sentamos a cenar. Habían preparado tapas: callos, mollejas, pincho de oreja y caracoles, todo típico de Madrid, según dijeron. Lo había hecho él, Juan, aunque los dos compartían la afición por la cocina. Pensé que la idea de montar un restaurante con comida típicamente madrileña en nuestro pequeño barrio era más exótica que la de montar un restaurante japonés o indio, y que la cosa podía tener éxito. El caso es que él antes tenía una inmobiliaria, según nos iba contando. Con la crisis lo había perdido todo, y ahora debía volver a empezar de cero. Siempre es agradable escuchar a un rico lamentarse porque ahora es tan pobre como tú, pero el hombre no me dio esa satisfacción, se le veía la mar de contento. Habían

pasado una mala época, es cierto. Explicó que habían vivido bastante tiempo muy angustiados por las deudas acumuladas y la falta de expectativas, pero que al final habían salido adelante, y allí estaban ahora, dispuestos a empezar una nueva vida, en una nueva ciudad, tan felices.

El tío nos había explicado todo esto antes de acabar siquiera de servir los platos. No paraba de hablar, hablaba más que mi esposa. Me pasé toda la comida intentando hacer alguna broma, pero no me daba tiempo, siempre iba tarde; cuando se me ocurría algo, el cabrón ya había cambiado de tema. Aunque siempre volvía más o menos a lo mismo:

—Además de estar prácticamente sin dinero, mi madre estaba muy mayor, y enferma, y solo me tenía a mí para cuidarla. Mi padre murió hace ya unos años, atropellado por un autobús. Una tragedia. Tengo un hermano, dos años mayor que yo, pero siempre ha ido un poco a su bola. Siempre ha sido un chico peculiar. Nunca le importó vestir bien. Supongo que somos muy distintos.

Estaba sentado delante de mi mujer, y mientras hablaba solo la miraba a ella, así que era un poco como si no hablara conmigo, lo que era un alivio.

- —Tengo ganas de empezar —siguió—. Con el restaurante, quiero decir. Creo que siempre ha sido el sueño de mi vida, aunque yo no lo sabía. ¿Qué iba a saber? Estaba demasiado ocupado trabajando, no tenía tiempo para soñar. Espero inaugurarlo en tres semanas, siendo optimista. Aunque aún faltan muchas cosas. Mi mujer también es una gran cocinera, ya lo descubriréis. Tenéis que probar sus albóndigas. Es una especialista.
- —Ya nos avisaréis cuando lo inauguréis —dijo mi mujer.

- —Yo me pediré un bocadillo de calamares —añadí yo.
- —Las sillas son todas diferentes —siguió el otro, que solo se escuchaba a sí mismo—. Todas. Ahora está de moda. Hay que tener perspectiva en los negocios. Y si algo me han dado todos estos años al frente de la empresa es eso, perspectiva.
- —Es un plato típico bastante absurdo, si te paras a pensarlo, ¿no? —seguí yo.
- —Es como volver a ser jóvenes, empezar de cero. Nueva ciudad, nueva casa, nueva vida. A mí me gusta mucho el golf, ¿sabéis? No sé si tendré tiempo de practicar. ¿Vosotros jugáis a golf, por casualidad?
- —Es como si se lo hubiese inventado un niño. Un bocadillo de calamares. Y en Madrid ni siquiera hay mar. ¿Quién se inventó esa cosa?

Así estuvimos un rato, hasta que sonó su móvil.

Lo sacó del bolsillo sin dejar de hablar, lo miró y pareció no reconocer el número. Al responder se puso pálido, o eso me pareció; se levantó bruscamente, sin decir nada, y se largó del comedor.

Los demás nos quedamos en silencio unos segundos, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. La primera en hablar fue mi mujer.

- —¿Así que has escrito un libro? —le preguntó a Sara, que apenas había dicho nada en toda la noche.
- —¿Qué? Ah, no es nada. Solo es un pasatiempo. Ni siquiera lo tengo acabado. No le hagáis caso a mi marido.
- —Tendrías que dárselo a Cristian, ¿verdad, Cristian? Te podrá dar una opinión, o, quién sabe, publicarlo.
- —Espero que no sea un libro de poesía —apostillé. Entonces Sara giró su cabeza hacia mí y me clavó sus grandes ojos negros. Cuando volví en mí y me di cuenta de que se

suponía que debía desarrollar de algún modo mi aseveración, retomé el hilo apresuradamente—: Es que no entiendo la poesía. Se supone que tienes que descubrir placer en el sonido de las palabras, o algo así, pero yo no sé encontrarle la gracia. A veces pienso que la poesía es una conspiración de la humanidad para tomarme el pelo. Plataforma del sueño, giratorias farándulas, arlequinada y vértigo de medusas. ¿Ves? Dices unas cuantas palabras al azar y ya lo tienes.

- —¿Es una novela? —le preguntó mi mujer, ignorando mis ingeniosas reflexiones.
- —Supongo que sí —dijo Sara—. Es una novela policial, pero es una tontería, de verdad.
- —A nosotros nos encantan las novelas policiales —continuó mi mujer—. A mí me gusta Agatha Christie, y los de ahora: Harlan Coben, Michael Connelly. Él es más de Chandler y M. Cain y cosas así.
 - —No me gusta nada M. Cain.
 - —¿De qué trata?
- —No es nada, en serio. Ni siquiera la tengo acabada —respondió ella—. Ni siquiera la he pasado a ordenador. Es solo una vieja libreta, una manera de pasar el tiempo. Ahora con el restaurante no creo que tenga mucho tiempo para escribir, ni para ninguna otra cosa, la verdad.

Cuando Juan volvió a entrar en el comedor y se sentó de nuevo a la mesa parecía otra persona. Se le veía preocupado, distraído. Apenas volvió a abrir la boca en todo el rato. Como el ambiente se había enrarecido, Míriam y yo prescindimos del café, excusándonos con que teníamos que ir a dormir a Eric, que a esas horas ya debía estar roncando. Así que nos despedimos, les dijimos por enésima vez lo buena que estaba la comida y lo bonito que les había quedado el piso y nos fuimos a casa.

- —Menos mal que ya estamos en casa, qué pesados —le dije a mi mujer mientras cerraba la puerta de la entrada.
 - —A mí me han caído bien.
- —¿Quiénes? ¿Todos los que hablaban a la vez por la boca de ese tío?
 - —Podríamos ir a la inauguración del restaurante.
 - —Sí, claro.
 - —Lo digo en serio.
- —Yo también. Cenar mientras está trabajando. Supongo que no podrá hablar mucho.

En el comedor nos encontramos con mi cuñada, que debía estar con el ordenador o con el teléfono. Nos dijo que Eric estaba durmiendo. Nos despedimos de ella, le dimos un beso al niño procurando no despertarlo y nos fuimos a la cama.

- —Hay algo raro en todo esto, ¿no crees? —lanzó mi mujer de pronto, cuando yo ya estaba medio dormido. A veces pienso que le encanta esperar a que esté a punto de dormirme para ponerse a hablar.
 - —¿De qué hablas?
 - —No sé, hay algo raro en ellos. No tienen hijos.
- —Hay mucha gente que no tiene hijos, y no todos son unos maníacos.
- —Esto tiene todos los ingredientes para un misterio. Hay una situación de crisis económica, deudas, la madre que muere. Eso pone una herencia de por medio.
 - —No te sigo.
- —Lo digo por la llamada —dijo—. Cuando han llamado a Juan. ¿Has visto cómo se ha puesto? Completamente blanco, y luego ha estado raro el resto de la cena.
- —Sería el médico. Le habrá dicho que va a morir en unos días. Imagínate, y tener que estar allí perdiendo el tiempo con unos vecinos.

- —Hablo en serio. ¿No te has fijado en cómo se ha puesto? Tal vez alguien le esté chantajeando. No sé. Hay algo raro en ellos. Ella da la sensación de esconder algo. ¿No te ha dado esa impresión?
 - -Pobre mujer. Lo que debe ser vivir con ese tío.
 - -Es guapa, ¿verdad? -me preguntó.
 - —Sí. Supongo. No, en absoluto. Puede. ¿Por qué lo dices?
 - —He visto cómo la mirabas.
- —¿Y cómo la miraba? La miraba como se mira a una persona o a una silla.
- —Es una mujer muy guapa. No pasa nada, puedes reconocerlo. No me voy a poner celosa.
- —Como me parece que estamos yendo por un camino peligroso y además me muero de sueño, voy a intentar desviar el tema. Al final no me ha dado el dichoso manuscrito. Algo bueno hemos sacado de todo esto. No tendré que leérmelo y darle mi opinión.
 - —Lo tengo yo.
 - —¿Qué?
- —Lo tengo yo. El manuscrito. Se lo he pedido al marchar. Está en mi bolso.
 - -No fastidies.
- —No refunfuñes. Tal vez esté bien. ¿No te quejas siempre de que no encuentras nada que valga la pena? Dale una oportunidad.

Le dije que de acuerdo, y convine con ella en que con toda seguridad nuestros nuevos vecinos escondían algún horrible secreto. Me sentía agotado, y enseguida caí en un profundo sueño, del que me arrancó de mala manera unos minutos más tarde el llanto de Eric en la otra habitación.

Me levanté, fui hasta allí, le di un poco de agua y traté de tranquilizarlo. —Muu, muu. Sí, la vaca tiene cuernos. Y hace muuu. Así eran las conversaciones con mi hijo en aquella época, más o menos. Luego empecé a cantarle y a acariciarle la barriga, hasta que volvió a dormirse.